

de cuelga la espada. ¡Cuán bello aparece en estas dos almas grandes el juramento de eterna amistad que se hicieron, y que se conservó hasta la muerte! ¡Cuán dulces son estas simpatías entre dos pechos nobles y generosos! La amistad de Jonatás era desinteresada. Como príncipe de la sangre, lejos de hacerle sombra la grandeza de David, se complacia en sus triunfos y no solo le había cedido un trono sino su propia vida. Niso y Enriabo, Píladés y Orestes aparecen en los anales de la historia y de la fábula como modelos de amistad; pero en la amistad de Jonatás con David se deja ver como una inspiración del cielo, y una de aquellas afecciones puras é irresistibles que son el consuelo y el honor de la especie humana.

A este particular testimonio de amor, tan dulce ya para David, la nación entera unió su reconocimiento y sus aplausos. En una especie de marcha triunfal que siguió á la derrota de los filisteos, las mujeres salían de los pueblos y venían á encontrar á la comitiva, expresando su júbilo con cantares y danzas, y á coros y al son de panderos y otros instrumentos músicos repetían este estribillo: «Saul ha muerto á mil, David ha muerto á diez mil.» Aunque la alabanza era justa, la comparación era indiscreta; y no pensaban aquellas gentes que el arrojar flores sobre la cabeza de los súbditos, es entregarlos á la vengativa envidia de sus gefes.

Esta expresión empezó á agitar el ánimo suspicaz del monarca, y le hizo tomar aversión al joven héroe. El alma baja de Saul de la que Dios se había alejado no podía ser generosa, y fué débil contra el incentivo de la envidia. ¡Cuán grande se presenta Jonatás al lado de Saul! La verdadera amistad es también un amor de sacrificio: cuando se prefiere la propia felicidad acosta de la felicidad del otro, no hay mas que egoísmo, y si el afecto no descansa sino sobre al interés propio, presto se convierte en indiferencia ó en odio.

La envidia es el vicio que mas roe el corazón de su víctima y le oprime con una negra melancolía. No podía ocultar Saul ese cáncer que en secreto le devoraba. «A David le han dado diez mil, decía, y á mi me han dado mil: ¿qué le falta ya sino ser rey?» En

su mirar torbo y suspicaz se traslucía la aversión que a David profesaba. Y mientras que el joven héroe, adornado con todas las gracias del corazón y de la naturaleza, hacia salir del arpa melodiosa sonidos tan dulces como su alma; mientras con el doble poder de la música y del genio procuraba ahuyentar el espíritu sombrío que agitaba el alma del monarca; este espíritu maléfico atormentaba mas aquella alma inquieta y azorada de Saul. Dios permitía que le agitase con furia como al alma de un condenado, hasta vagar por el palacio como un frenético, y hasta tomar una lanza y arrojarla contra el pecho de su bienhechor con el intento de clavarle en la pared. Pero David huyó el cuerpo por dos veces, y evitó el golpe. Mas no por esto se irritó contra su voluntario rival, ántes bien le compadecía pero sin intimidarse. La virtud tiene una fuerza propia, que no sabe temer ni aborrecer; solo la debilidad es la que aborrece ó teme y cuando el alma virtuosa contempla los esfuerzos mezquinos de su enemigo, el vicio le horroriza, pero la persona por él oprimida llega á inspirarle piedad. David procuraba apaciguar á Saul con la amabilidad y con la dulzura: quería desarmarle á fuerza de beneficios: el Señor le secundaba en todas sus empresas, y el exceso mismo de su bondad y de su discreción era para Saul motivo de mayor recelo y suspicacia. No pudo al fin tolerar la persona del justo: la alejó de sí, y dándole el mando de mil soldados, le parecía que le enviaba á la muerte. Pero David, ídolo de todo Israel y Judá, amado de los suyos, coronaba siempre su frente con nuevas victorias, y redoblaba con sus triunfos el vergonzoso martirio del envidioso monarca.

Saul, empero, debía cumplir su palabra. Acusado por su propia conciencia, y por la tardanza en el cumplimiento de un deber, en algunos de aquellos intervalos en que la justicia y la razón dejaron traslucir en su alma inquieta algunos de sus rayos, dijo á David: «Hé aquí á Merob mi hija mayor; voy á dártela por esposa, con tal que seas valiente y que peles en servicio del Señor.» Pero al mismo tiempo decía en su corazón: No seré yo quien le mate por mis propias manos, pero le haré perecer por el cuchillo

enemigo. Lleno David de aquel bello rubor que deja traslucir un pecho magnánimo, cuando se le ofrece un galardón, aunque lo tenga bien merecido, respondió con humilde sinceridad: «¿Quién soy yo, ó cuál ha sido mi vida, ni de qué consideracion goza en Israel la familia de mi padre, para llegar á ser yerno del rey?» Saul, empero, fué inconsecuente é injusto, y puso el colmo á su ingratitude: y al llegar el tiempo en que Merob hija de Saul debía desposarse con el vencedor de Goliath, como aquel se lo tenia prometido, fué dada por mujer á Hadriel Molathita.

Tan amarga ingratitud no dejaria de penetrar muy vivamente el corazon de David, y sin embargo, no se sabe que saliese de su boca la menor queja, ni que por esto cesase de fiar tranquilamente al cielo el cuidado de su suerte. Lo cierto es empero que Saul veia convertirse al instante contra sí mismo las dificultades de que él era el autor. La segunda hija llamada Michol estaba prendada de las bellas cualidades de David, y pudo ser tambien que su alma dulce y generosa, al ver las injusticias de que era inocente blanco el jóven cortesano, se sintiese movida por una piedad que no tardó en convertirse en un sentimiento mas vivo aún y mas íntimo. Pues basta á una alma generosa al ver sufrir injustamente á otra que se le parece, para sentir en sí un interés vivo y una simpatía irresistible hácia la virtud perseguida. Entónces el sentimiento se hace recíproco, y produce, aun ántes de comunicarse, la primera y la mas pura chispa de la amistad ó del amor. Por de pronto, la política de Saul pensó sacar partido de este incidente que secundaba sus bajos y humillantes designios: no dudaba que David para obtener á Michol consentiria en arrostrar todos los peligros, y acabaria por hallar en ellos la muerte. Yo le prometeré mi hija, decíase en el fondo de su corazon rencoroso, para que le sea ella ocasion de ruina, y muera en manos de los filisteos: «Yo te daré á Michol, dijo á David, pero bajo dos condiciones.» Y dijo despues en secreto á sus cortesanos: Hablad á David, como que sale de vosotros, y decidle: ya ves que estás en gracia del rey, y que todos sus dependientes te aman; procura,

pues, el alcanzar que seas su yerno.» Desde mucho tiempo el mundo conoce y practica, como lo vemos todos, esta estrategia de la palabra que pasa por valor ó por virtud en la vida de ciertos hombres de Estado. El engaño y la perfidia está en la órden del dia; y cuando la virtud desarmada, á veces de recelós que no conoce ó no cree, se entrega sin reserva á la integridad de los demas, no tarda en verse su juguete, ó su víctima.

El alma de David no conocia la desconfianza porque le era desconocida la perversidad; y así es que respondió ingénuamente á estas propuestas de los áulicos: «¿Os parece acaso cosa fácil el llegar á ser yerno del rey? ¿Y mas aún para mi que soy pobre y de condicion humilde?» La mujer entre los Israeítas no traia en dote sino su vestido y los objetos indispensables á sus necesidades personales: el dote le hacia el marido. Este uso que encontramos asimismo en muchas naciones de la antigüedad, ni carecia de grandeza en sus motivos, ni de inconvenientes en su aplicacion. El legislador se proponia sin duda honrar á la mujer, cuya juventud y belleza le parecian un tesoro asaz estimable y suficiente; de otra parte tampoco ofendia los principios de una justicia imparcial, cargando la obligacion de enriquecer á la familia sobre aquel de los esposos que tiene la ventaja así en la fuerza física como en la actividad del espíritu: en fin, bajo el punto de vista de la economía pública, prevenia la concentracion de las propiedades en unas mismas familias y la creacion de una aristoeracia territorial, concentracion ó acumulacion de propiedad cuya destruccion parece haber servido de pretexto en nuestras sociedades modernas para introducir innovaciones no siempre justas ni acertadas; miéntras de otra parte las conmociones y revueltas acumulaban en una sola mano fortunas inmensas. Preciso es reconocer de otra parte, que las disposiciones arriba indicadas dejaban á la mujer demasiado expuesta á ser el juguete de la riqueza ó del poder, y hacian irreparables, privándoles de la posibilidad de una compesacion, las desgracias ó los rigores de la naturaleza: aquella costumbre equivalia á consagrar la desigualdad bajo el velo de una nivelacion

aparente, é indudablemente semejante institucion hubiera llevado consigo los mas deplorables resultados, si no hubiese hallado de otra parte un contrapeso en la organizacion general del Estado.

Sea de esto lo que fuere, aquel estado de cosas era entónces un obstáculo mucho mayor para el pastor de Betlehem, que para la hija de Saul, y por esta razon habia dado aquel una respuesta que solo respiraba timidez y desaliento, respuesta que los cortesanos se apresuraron á poner en noticia de su señor. Era muy conforme á las previsiones y sobre todo á los deseos del príncipe, el cual, expresándose de un modo vago, solo habia tomado una iniciativa insignificante con el objeto sin duda de atraer al jóven á alguna protesta de entusiasmo, y hacerle caer así en el lazo de sus propias palabras. Saul, pues, mandó que hablasen á David en estos términos: El rey no necesita de dote para su hija; no exige pues, de tí, plata ni oro, sino únicamente la muerte de cien filisteos, para vengarse así de sus enemigos. El designio de Saul en esta propuesta era ya bien conocido. Desde la batalla del Te-rebinto, las dos naciones habian quedado en la expectativa de nuevas hostilidades, pero los ejércitos no estaban ya acampados. Tratabase, pues, de hacer una irrupcion sobre la frontera con un puñado de valientes. Estipulando Saul el matrimonio de su hija bajo esta condicion, tenia la ventaja de exponer á David á una muerte cierta, y de ocultar su treta bajo la máscara del patriotismo y de la gloria nacional.

Mas Dios deja que trazemos nuestra ruta, y él se reserva de hacerla llegar á término. Saul engañaba á sus confidentes y á David; pero mas que á todos se engañaba á si mismo: su fraude le calmó algun tanto, pero no pudo salvarle. Lleno siempre de rectitud y de intrepidez, David, luego que los oficiales de Saul le manifestaron lo que éste habia dicho, aceptó sin dificultad la proposicion del rey. Despues de algunos dias, partió á la cabeza de su gente que le era fiel y adicta, atacó á los filisteos y les mató doscientos hombres. Esta rápida y gloriosa expedicion dejó desolado el espíritu de Saul: encrudeciése en su interior la furia ree-

dora de la envidia: mas al fin sintió á pesar suyo que la mano de Dios estaba contra él, y que le era preciso ceder al tiempo. Dió, pues, su hija en matrimonio al jóven y brillante vencedor de Goliath.

La afeccion de Michol era proporcionada á los peligros que David habia tenido que vencer para alcanzarla, y á la valerosa fidelidad que en él habia brillado. El valor tiene á los ojos de la mujer un encanto irresistible, y nada interesa tanto á un corazon generoso como los sacrificios que han debido hacerse para conseguir su estimacion y su ternura. La mujer que se muestra insensible á tan heróicos esfuerzos, ni es digna de amar ni de ser amada. David mismo se gozaba en la belleza de tan dulce como suspirada alianza, con aquel vivo y profundo sentimiento que acompaña el triunfo de una inclinacion pura y puesta á duras pruebas. Pero todo lo que era felicidad para los nuevos esposos agriaba y ennegrecia el alma ulcerada de Saul, y la armonía entre aquellos dos corazones nobles y ardientes, era cruel amargura para el suyo. Para el alma gangrenada de envidia todo se convierte en veneno: los goces mas bellos, las inclinaciones mas dulces, el amor, la ventura, la gloria, todo se trasforma en aterrador martirio, todo es suplicio de muerte para ella. Dos cosas sobre todo atizaban su adersion: veíase forzado á estimar á su yerno, y le veia glorioso y feliz. Tal vez habia contado con Michol para anublar y comprometer el destino de David; mas quedó burlado en su esperanza. Y cuando conoció que no podia vencerle por medidas secretas, empezó á temerle. Como la envidia arrastra consigo todas las degradaciones de la razon, es inseparable de la desconfianza y de la suspicacia. Cuando el objeto cuya dicha nos atormenta se hace inaccesible á nuestros tiros, suponemos en él la misma vileza de miras, los mismos bastardos deseos; incapaces entónces de formarnos idea de la generosidad, todo lo envilecemos, y el objeto detestado se convierte en objeto temido. Sospechamos de él, y aun cuando sea un ángel de paz, se nos presenta como el génio torvo del odio y de la venganza, nos parece que lee en nuestro interior, que nos vé abominables y que

busca nuestra ruina. El temor, pues, de Saul crecía en él al par del ódio. De otra parte las operaciones militares dirigidas aún contra los filisteos, aumentaron la celebridad de David, de tal manera, que adquirió alto renombre de prudencia y de valor, y el pueblo se acostumbraba á oír hablar gloriosamente del jóven capitán. Este último golpe dió por tierra con la virtud ya vacilante de Saul, y le hizo caer en el partido de la violencia. Y si alguna vez parecía desarmado por la mansedumbre y dulzura de su víctima, volvía despues á la persecucion con mas cruel acrimonia. ¡Terrible situacion la de encrudescerse mas contra la inocencia y la virtud, cuanto mas brillan éstas con puros resplandores! ¡Triste aberracion de los hombres pusilánimes, que ménos distinguidos por lo que son en efecto que por lo que parecen, se proponen reducirlo todo á su propia medida; como si en la indigencia de otro consistiese toda su riqueza, y como si no fuese mejor para restablecer un equilibrio que creen roto, buscar un nivel mas noble y sólido, supliendo lo que falta de génio y de felicidad, que no se da á todos, con la virtud que es el derecho y el deber de todos!

En fin, Saul devorado de celos, temó la resolucion de hacer pe-
recer á David, y habló en este sentido á sus oficiales y á Jonatás. Pero el corazon de este jóven príncipe no podia dar acogida á tan bajo y cobarde designio: al momento la voz de la amistad jurada se unió al grito del honor, y fué á encontrar en secreto á su amigo. «Saul mi padre, le dijo, busca cómo matarte: ruégote pues que mires por tí, y te vayas mañana á esconderte en algun lugar oculto, en el campo, ó á donde quieras; miéntras yo procuraré estar con mi padre y le hablaré de tí, y te haré saber cuánto hubiere observado.» Jonatás se lisonjeaba de apaciguar á Saul, de ahorrarle un crimen y de salvar á su amigo. En efecto, procuró atraer al rey hácia el campo, y le habló de David del modo que le inspiraban sus generosos sentimientos. Príncipe, le dijo, no seas cruel para con David, pues él no te ha hecho mal alguao, ántes al contrario, te ha prestado los mas importantes servicios. El puso su vida en el mayor riesgo, mató á Goliath, y por sus manos el Se-

ñor ha obrado maravillosamente la salud de Israel. Tú le viste y te llenaste de gozo por aquel triunfo. ¿Por qué, pues, quieres ahora mancharte con un crimen, derramando sangre inocente y matando á David que no ha cometido culpa?" Hay en los acentos de la amistad cuando aboga por el amigo, un secreto ardor que constituye la verdadera elocuencia. El alma de Saul se ablandó con la sinceridad persuasiva de las palabras de Jonatás, y juró no quitar la vida á su yerno. Y aprovechando tan propicia coyuntura, Jonatás hizo venir á David y le presentó en seguida á Saul, para que su aspecto, que solo respiraba respeto y sumision, acabase de desarmar al iracundo monarca, y pudiera darse crédito á una reconciliacion duradera.

Quedóse David en la corte de Saul como ántes, pero la envidia del rey estaba apaciguada mas no extinguida; y á juzgar por los ulteriores sucesos, pareciase á un fuego dormido que un soplo puede reanimar, á un germen vivaz que se fortifica debajo de tierra cuando se prueba reprimirle por encima. Así el ódio como el amor son dos pasiones pérfidas, y las que tienen mas hondas las raíces. Las creceis aplacadas y destruidas del todo, y un momento de imprevision ó de sorpresa vuelve de repente á levantar el incendio. David habia vuelto á ocupar su destino y sus funciones entre los oficiales de palacio. En este tiempo hizo mas de una correria feliz en tierra de los filisteos siempre revoltosos y nunca domados. El intrépido guerrero llevaba consigo la victoria, nada se le resistía, ó destrozaba ó ahuyentaba al enemigo. Estos nuevos sucesos no tardaron en fatigar el débil corazon del príncipe, y en hacer resucitar en él rencores mal apagados. Dominado por torvos sentimientos, Saul cayó en un especie de manía furiosa que le hacía temible. Un dia su yerno, sin la menor desconfianza, hacia vibrar delante de él las cuerdas sonoras del arpa para calmar sus furiosos accesos. Nunca génio sombrío é iracundo oyó una voz mas dulce y consoladora, ni pudo aplicarse al inclemente frenesí y á las llagas del corazon bálsamo mas suave y refrigerante. Amfion y Orfeo, atrayendo los peñascos al son de su lira, cual nos los

muestra la filosofía de la fábula en los campos de Tébas ó de Tracia, no son tan bellos ni interesan tanto como el hijo de Jessé, probando calmar con los suspiros del arpa el pecho agitado del monarca de Israel: y las fieras de los bosques, y los reptiles terribles del Canadá que ceden y se amansan al sonido de una flauta son mas accesibles á las dulzuras del canto que un pecho devorado por la envidia. Quizá el jóven héroe que despues habia de inaugurar los cantos del cielo sobre la tierra para las generaciones futuras, elevó entónces al Señor el himno mas sublime que ha salido de los labios del hombre para enaltecer al autor de la creacion.

Bendice tú al Señor, ánima mia,
 Mas, ¡ay! mi Dios, de tu engrandecimiento
 El portento, bien nunca celebrado,
 ¿Cómo podrá cantar mi poesía?
 De luces radiantes como el oro
 Revestido, de gloria rodeado,
 Cubierto de decoro,
 Desplegando te veo,
 Como fácil membrana
 En derredor de la celeste esfera,
 Esa bóveda inmensa, y su rodeo
 De líquido radaul con soberana
 Providencia cubriendo por de fuera,
 Que temple sus ardores.
 En carro refulgente
 De nubes, entre vivos resplandores,
 Puesto sobre las alas de los vientos,
 Glorioso te paseas.
 ¡Oh! ¡cómo te recreas
 En ver con qué presteza y obediente
 Sumision á llevar tus mandamientos
 Tus ángeles, do quiera, se apresuran!
 ¡Cómo, apénas las oyen corren luego,

Hechos un vivo fuego,
 Y el deseo ardentísimo procuran
 Satisfacér, que tu precepto inspira!
 Tú fundaste la tierra, que entibíada
 En su peso se mira,
 Sin mas apoyo que tu fuerte mano,
 Y el tiempo la querrá mover en vano.
 Tuvístela primero rodeada
 De niebla densa y fria,
 Que cual húmedo manto la cubria;
 Y las aguas que ahora
 Van lamiendo del monte las raices,
 Cobijaban entónces sus alturas.
 Mas apénas les dices:
 Sumerjíos; tu voz aterradora,
 El trueno de tu voz, de miedo llenas,
 Las haces huir por huecos y hendiduras
 Enjutas van dejando las arenas.
 Véense luego elevarse
 Los montes, y ensancharse
 Por llanadas inmensas la campiña,
 Y guarda cada cosa
 El puesto que le das, y en él reposa.
 Y aunque el largo recinto ciñe y baña
 El ancho mar inestable,
 Límite invariable
 Pones á su furor, que nunca exceda,
 Ni volver á cubrir al Orbe pueda.
 Luego por espaciosos
 Valles veo, guiadas por tu mano,
 Mil fuentes cristalinas,
 Que de uno en otro llano
 Con pasos tortuosos
 Bullieciasas corriendo, entre colinas

Altísimas sepultan sus raudales,
 Formando ya caudales
 Rios; bajan allí de las montañas
 Las fieras alimañas
 Que libres y sin dueño el campo eria,
 A beber á porfia;
 Y tras ellas sediento
 El montaraz jumento,
 Mirándolas correr en larga vena,
 Por beber mas el apetito enfrena.
 Cerca fijando veo
 Entre briscas y breñas
 Su habitacion á las canoras aves,
 Que con dulce gorgéo,
 Saltando entre las peñas,
 Trinan melodiosas y suaves.
 Mientras tú derramando
 De lo alto en blandísimo rocío
 La lluvia sazónada
 Sobre el árido monte, su terreno
 Estéril y vacío
 Riegas y fertilizas preparando
 La cosecha colmada
 De que se verá lleno,
 Fruto de tu largueza y bizarría
 Con que el heno se cria,
 Pasto de los hambrientos animales;
 Y de verde pimpollo sale luego
 La frugífera espiga, los frutales,
 La leña para el fuego,
 La hermosa vid, que al lado
 Del olmo asida crece,
 Con que vive, y se abriga, y se guarece

El hombre que has criado.
 El hombre, á quien por tí tan saludable
 Sustento da á la tierra;
 Y con el grato vino la alegría
 Vuelve á su pecho instable,
 Y el negro humor destierra
 De la triste y fatal melancolía.
 Por tí el suave unguento
 Le dá la verde oliva,
 Con que limpie y alegre su semblante,
 Y sabroso alimento
 Le presta el pan, para que crezca y viva,
 Y en robustez y fuerza se adelante.
 Por tí con abundosos
 Jugos los altos árboles sustentan
 Sus ramas; y en la altura
 Del Líbano orgullosos
 Cedros agigantados nos ostentan
 Que tú allí los plantastes, y son tu hechura
 Y á las aves del cielo
 Dan segura morada; que el desvelo
 De la sábia cigüeña
 A fabricar sus nidos las enseña.
 De uno en otro collado
 Salta el ciervo veloz con piés ligeros,
 Mientras de puntas el erizo armado
 Entre los agujeros
 De las peñas encuentra dulce abrigo.
 La luna, fiel testigo
 De los tiempos, señala la medida
 Duodenaria del año; y su carrera,
 Jamás interrumpida,
 Cada dia repite el sol luciente,

Trasmontando la vuelta de Occidente,
 Mientras con nuevas luces reverbera.
 Y tendiendo entre tanto
 De tinieblas la noche el negro manto,
 Salen de sus guaridas
 Las fieras que escondidas
 Estaban, y pidiendo su sustento
 Oigo cómo entre ellas ruge y brama
 El leoncillo hambriento,
 Y cómo á Dios le clama
 Por agarrar la presa que desea.
 Nace otra vez el sol, y en la mañana
 Cada cuál á su gruta retirado,
 Sale seguro el hombre á su tarea,
 Y en trabajar se afana,
 Hasta que con silencio sosegado
 Vuelve la noche fria
 Apagando la luz del claro dia.
 ¡Oh qué magnificencia
 Se descubre y admira en cada cosa
 De las que tú has criado,
 Señor y dueño mió!
 ¡Qué sábia y adorable providencia
 En la disposicion maravillosa
 Con que todo lo has hecho y ordenado.
 Tuyo es el señorío
 Supremo de la tierra;
 Cuanto su ancha redondez encierra,
 Por su dueño y autor te reconoce.
 Mirando al Océano
 En dilatados brazos extendido,
 ¿Quién es el que sus límites conoce?
 ¿Quién podrá numerar aquel crecido

Ejército veloz, que con liviano
 Paso sulcando va las ondas frias,
 En tanta variedad y diferencia
 De grado y corpulencia?
 Cargada ya se vé de mercancías
 La nao, contrastada
 Del instable elemento,
 De miedo ir y de codicia llena.
 Acá la atroz ballena,
 Cuando está mas airado y turbulento
 De su furor su burla, despreciando
 Sus olas, y segura retozando
 Criado adrede por designio tuyo
 Para abatir su orgullo.
 Y tantas criaturas
 De tí á su hora esperan el sustento
 Que tú les aseguras
 Con piedad inefable, cada dia
 Dándoles que el hambriento
 Deseo satisfagan;
 Porque abriendo tu mano generosa,
 Sobre todos derramas á porfia
 Bienes sin tasa y de bondad los llenas.
 Mas por mas que ellos hagan,
 Si dejas de mirarles, ya no hay cosa
 Que su inquietud y turbacion sosiegue:
 Fáltales el aliento, y desmayados
 Vuelven al polvo de que son formados
 Hasta que respirando vida, llegue
 Tu soplo criador del alto cielo,
 Y renueve la faz de aqueste suelo.
 Gloria y eterna gloria
 Se dé al Señor: las obras de sus manos